

NOTAS ECOLOGICAS

OBSERVACIONES SOBRE LAS AVES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Por EMILIO A. ZUBERBÜHLER

Continuación del número anterior

23-1-54. Las Nieves. Llegamos "ya anochecidos", y tuve que quedarme con las ganas de recorrer el monte alrededor de la casa, que siempre me brinda alguna sorpresa agradable. Eran las veinte horas pasadas y la luz muy tenue. Pero pude ver en los primeros acacios del monte, tras la casa, un Piojito gris (*Serpophaga nigricans*), solitario, bastante confiado. Cerca de la cocina, cuando ya íbamos a entrar, sobre los cables que van al cuarto del motor, había veinte Golondrinas azules domésticas (*progne chalybea doméstica*), arrebuajadas como para dormir.

24-1-54. Día lindo, más vale fresco. Poco viento. Salgo temprano, son las seis horas de la mañana y el sol estaba totalmente cubierto de nubes. Hacía frío y soplaban un viento "entrador como aguja de colchonero", del SSO. El concierto de pájaros es imponente. Dominan los Jilgueros (*Sicalis flaveola pelzeni*), parados, algunos de ellos sobre el techo de la casa; otros en los aromos vecinos. El arrullo de las Torcacitas (*Columbina p. picui*), es ininterrumpido, parten de los acacios cercanos a los galpones, pero hay voces sueltas en el resto del monte. Los Benteveos (*Pitangus sulphuratus bolivianus*), gritan alegres; veo tres en un acacio grande al costado de la casa y hay muchos más en el montecito de álamos detrás de la misma. Los Horneros (*Furnarius r. rufus*), alarmados o contentos, se muestran muy ruidosos; y oigo las voces agudas de varias parejas. Los Espineros (*Anumbius annumbi*), también están bullangueros, los veo en las puertas de sus nidos, parados sobre los mismos, o en tierra buscando ramitas. Las Calandrias (*Mimus saturninus modulator*), muy mansas, me retan cuando paso y oigo un canto solitario, en el montecito, de gran belleza. Penetro en el monte, las aves nombradas se repiten. Hay, además, Gorriónes (*Passer d. domesticus*), en cantidad; una bandada de unos treinta vuela frente a mí, hasta los galpones; su bullanga me llega en oleadas de esa dirección. Cuatro Pirinchos (*Guira guira*), "lloran" en uno de los álamos más altos; me ven y se alejan, deteniéndose con gran movimiento de cola en otro árbol, a unos diez metros de distancia. Oigo las "guitarreadas" de las Mulatas (*Mel thrus b. badius*), hay un grupito de ocho en la vecindad de alambrado y mientras me entretengo oyéndolos, llegan unos treinta Renegridos (*Molothrus b. bonariensis*) y todos cantan juntos. Distingo por sus voces a Tordos de axilas rojas (*Molothrus rufo-axillaris*) pero no puedo ubicarlos en el conjunto. Todo el coro es realmente admirable.

Continuando mi paseo en una franja de tierra removida, junto al alambrado, veo varios Sobrepuestos (*Lessonia r. rufa*), que se alejan volando a ras de los cascotes. Tres Carpinteros campestres (*Colaptes campestris*), posiblemente buscando hormigas, me esperan sobre un terrón alto, luego se vuelven hacia los árboles gritando como si estuvieran mortalmente alarmados. Una Ratona (*Troglodytes aëdon musculus*), detenida sobre el alambre, me increpa al pasar, pero no parece incomodarse por mi cercanía. Seis Halcones blancos (*Elanus l. leucurus*), vuelan lentamente sobre mi cabeza, gritando de tanto en tanto y luego se vuelven al monte. Sobre la tierra labrada andan muchas Calandrias,

mansas en general, sacando lombrices, con movimientos bruscos y decididos. También andan Horneros, más entretenidos en la búsqueda de alimento, que es la de recolección de barro.

Cuando llego a un cardal y comienzo a descender la lomada hacia el bajo, dos Tijeretas (*Muscivora t. tyrannus*), pasan sobre mi costado, volando bajo, hacia el monte. También observo varias Mataduras (*Machetornis r. rixosa*), en grupos o solos, en la vecindad de las ovejas. En un charco chico hay dos Chajáes (*Chauna torquata*) y puedo pasar bastante cerca sin que se espanten. En la orilla de este charco anda un Batitú (*Bartramia longicauda*), solitario; es relativamente manso y aunque paso costearlo a unos cinco metros de distancia, no se alarma, ni vuela.

De vuelta (son más de las ocho horas y debo salir a las nueve), veo una pareja de Churrinches (*Pyrocephalus r. rubinus*), en uno de los álamos. Dentro del monte, los Cabecitas negras (*Spinus m. magellanicus*), cantan alegremente. También se oyen los Chingolos (*Zonotrichia capensis hypoleuca*), que recorren el estrato herboso del montecito; no son muy abundantes. En un espacio chico, un Fio-fio (*Elaenia albiceps chilensis*), solitario y silencioso, pero bastante confiado y apoyándome en un árbol puedo observarlo detenidamente con los binoculares. En el límite del monte hay una pareja de Piojitos azulados (*Poliophtila d. dumicola*).

1-2-54. Otro día muy lindo, algo caluroso, matizado por un leve viento. Salgo a recorrer el parque. Son pocos los pájaros. Veo en uno de los aromos grandes cercanos a la casa, un Piojito azulado, macho, recorriendo diligentemente las ramas. El resto del parque no presenta novedades. Me dirijo a la laguna, que tiene muy poca profundidad. Comienzo a encontrar bastantes nidos de Gallareta de escudete amarillo (*Fulica leucoptera*), son muy fácil de ubicarlos, no solo por la presencia de los dueños, sino también por la poca altura y diámetro de los juncos. Uno de los nidos flota sobre el agua, apenas sujeto entre los juncos; es perfectamente circular poco profundo; sin rampa de acceso; con abundante juncos verdes, aparentemente recién incorporados. La distancia del nivel del agua al borde del nido es escasa. Todos los nidos seguían un plan semejante, aunque en algunos se notaba menos cantidad de juncos verdes. Observo otro nido cerca, con tres huevos. El agua me llega a las rodillas. El nido está anclado entre juncos semivolteados y es perfectamente circular, sin rampa, algo más elevado sobre el agua que el anteriormente descripto. Dentro del área recorrida calculo unos veinte nidos, todos a la vista unos de otros, debido a la parquedad del juncal. Si me vuelvo, veo a las Gallaretas llegando a la vecindad de sus nidos, pero sin animarse a subir. En general permanecen silenciosas, algún que otro Cut-cut suena a los lejos.

Hay otra pequeña laguna que se comunica con la anterior, está separada por dos brazos de duraznillos sobre el fondo limoso. En la orilla se distinguen dos Garzas brujas (*Nycticorax n. tayazu-guira*), perfectamente inmóviles, juveniles, difícil de diferenciar contra el fondo de pastos altos secos y cuando estoy a unos treinta metros, echan a volar, emitiendo un áspero Cuac-cuac. En un lugar de aguas abierta en medio de la laguna distingo unas pocas Gallaretas de escudete rojizo (*Fulica armillata*). Trato de cruzar la laguna a lo ancho, el fondo está pesado y las plantas acuáticas semisumergidas hacen difícil la marcha. A poca distancia levanta vuelo una bandada de Cuervillos (*Plegadis falcinellus chihi*), que se hallaban en un parche barroso, explorándolo con el pico. De regreso, cuando comienzo a cruzar el potrero frente a las casas, el sol empieza a ocultarse. Es una puesta magnífica. Promete calor

para mañana, aún cuando siga cubriéndose el cielo cada vez más. A las ocho de la noche salgo al corredor. Una sola voz corta el silencio, la del Pijuí de pecho blanco (*Synallaxis albesceus australis*), cantando en un maciso de crategus, a unos cincuenta metros de la casa. El cielo está encapotado; se levanta una brisa fresco del norte, con olor a agua.

2-2-54. Pocas notas para el día de hoy. A media tarde cae una lluvia desganada que no consigue despejar la atmósfera. Nos vamos a Junín, como de costumbre, a perder la tarde. De vuelta, desde el cruce de la vía del tren, cerca de Junín, hasta La Oriental, veo grupos de Golondrinas barranqueras (*Notiochelidon cyanoleuca patagónica*), cada 50-100 metros. Cada grupo consta de unas 100-150, ocupando los hilos telefónicos en largas hileras. Algunos grupos chicos vuelan sobre los potreros, pero siempre cerca de los hilos.

Vuelto a la casa, Pedrito Hardoy me habla de la actividad de los Benteveos, comiendo los bichos canastos. Vamos a verlos en la avenida de los paraísos que bordea el monte de acacios. La técnica era la siguiente: tomaban un bicho canasto con el pico y se dirigían a una rama gruesa, al suelo, o a uno de los bancos de cemento que "adornan" la avenida. Allí colocaban el bicho bajo de sus patas y con fuertes picotazos destruían el canasto, para luego comerse el gusano. Muchas veces los vi tomar a los bichos que andaban en el suelo todavía vivos, moviéndose, pero los inmóviles nunca los tocaron. De vuelta a la casa, encontré un nido de Torcaza (*Zenaida auriculata virgata*), con dos huevos, a poco más de dos metros de altura. A las diez de la noche, cuando salí al corredor, oí el canto de una Lechucita (*Speotito c. cunicularia*), en el potrero frente a la casa.

19-7-48. Santa Clara. Después del almuerzo salimos, afrontando el frío, de tanto en tanto caía algún pequeño chaparrón. Por el camino vi grandes concentraciones de Avutarda de cabeza gris (*Chloëphaga poliocephala*), y también de Avutarda de cabeza colorada (*Chloëphaga rubidiceps*), además de algunas Avutarda de Magallanes (*Chloëphaga picta*), que son tan bonitas. Todas excesivamente desconfiadas. Cuando llegamos a Lenzuë, cuyas inmediaciones se estaban arando, dejamos el Jeep en la orilla y nos pusimos a caminar hacia el campo del vecino. Esta laguna es de fondo limpio y los juncuales forman grandes manchones cerca del centro, demasiado lejos para nosotros. La orilla estaba ocupada por largas filas de Gaviotas de capucho café (*Larus ridibundus maculipennis*), todas mirando en la misma dirección. Nos detuvimos para observar algunos "bailes". Dos de ellas, con el capucho completo, estaban paradas, mientras que una tercera, también con el capucho entero, volaba sobre el grupo. Había muchas con el capucho a "medio hacer". Mientras se mantenía alejada, las que estaban en el suelo permanecían inmóviles, pero cuando se acercaba subían la cabeza y estiraban el codo en su dirección, permanecían con el pico muy abierto, mostrando el interior rojo sangre; después inclinaban el pecho, siempre con la cabeza estirada y el pico abierto, hasta tocar el suelo y así quedaban hasta que la voladora se alejaba, para repetir el proceso cada vez que se acercaba nuevamente. Esta voladora, a su vez, cuando llegaba a tierra, delante o detrás de las otras dos, cerraba el pico, lo bajaba verticalmente y lo apoyaba en el suelo, quedando así durante algunos segundos. Todo el resto del conjunto gritaba continuamente, como suelen hacerlo desde que amanecen hasta que se duermen. Como el sol caía y el frío arreciaba nuevamente decidimos volvernos. Por el camino hicimos volar varias bandadas de

Chorlos cabezones (*Charadrius ruficollis*), que solo descubríamos cuando hechaban a volar. Esa noche fue fresca, casi fría.

20-7-48. Santa Clara. El día despertó muy lindo, con un sol bastante confortable. Anoche cayó un chaparrón bastante fuerte, y hoy todo más verde. El campo está lindísimo. Mientras tomábamos el desayuno, se descompuso, nublándose, a la vez que se levantó un fuerte viento sur muy frío. Decidimos ir la Cuestión, la laguna más grande de la estancia. Esta laguna tiene forma aproximada a un huevo, con una parte del borde de tosca y el resto pantanoso, con el pasto que llega a la orilla misma. Esta parte pastosa es la más rica en fauna, sin excluir los mosquitos que, en verano, se vuelven insoportables. Estacionamos el Jeep cerca del monte artificial de diez hectáreas que hay en la parte más alta del potrero y desde donde se domina toda la laguna. Observamos gran cantidad de Flamencos (*Phoenicopterus ruber chilensis*), algunos en la otra orilla, comiendo del fondo. Otros estaban donde, ya no hacían pie y boyaban tranquilamente sobre las pequeñas olas, pese a esto exploraban el fondo con el pico, girando el cuello hacia uno y otro lado bastante rápidamente. Con mi reloj tomé el tiempo en que permanecían con la cabeza debajo del agua: variaba entre cinco y treinta segundos. Los detenidos en la orilla opuesta limpiaban su plumaje y captando los rayos oblicuos del sol, facilitaban enormemente el recuento. Volviendo a la casa, cruzamos una tropa reducida de Ñandúes (*Rhea americana albescens*), que se han vuelto muy desconfiados desde que los raleáramos a tiros, por el daño que ocasionaban. También vimos varios Teros reales (*Himantopus himantopus melanurus*), que se alejaban volando y se posan sobre unas toscas semisumergidas algunos metros más distantes, mientras vuelan oímos claramente sus gritos como "ladridos".

Después del almuerzo vamos nuevamente hacia el arroyo. En un bajo había muchos Flamencos y nadando entre sus patas andan muchos Patos colorados (*Anas cynoptera*), con alto porcentaje de machos, que son lindísimos, de un fuerte color rojizo y alas azules, brillantes. También andan Patos mai-ceros (*Anas georgica spinicauda*), más que los colorados, con el cuello en una perfecta curva y la cola bien levantada; Patos barcinos (*Anas flavirostris*), más "chatos" contra el agua, con la cabeza metida entre los hombros. Seguimos viaje hacia el arroyo. Frente al Jeep anda toda una familia de Copetona (*Eudromia e. elegans*), dos adultos y seis pichones, capaces de volar perfectamente. Llegamos al arroyo y vemos tres Becasinas (*Capella p. paraguayae*), que vuelan al acercarnos y se detienen más adelante, cerca de un codo del arroyo. Con gran gusto vemos dos Macaes comunes (*Podiceps rolland chilensis*), que se sumergen y emergen, desconfiando de nosotros. Quedamos un largo rato mirándolos. Ya entrada la tarde llegaron varios Patos argentinos (*Anas v. versicolor*), muy bonitos, que parecían de menor tamaño a los demás patos, las Gaviotas capucho café llegaban en general pasando por nuestra izquierda para irse a reunir en la orilla opuesta, donde llegaron a formar un gran manchón blanco. La gritería era enorme, pero llegaba a nosotros como un sonido lejano, algo musical. Pude observar nuevamente algunas manifestaciones de "bailes", como las explicadas anteriormente. Cada Gaviota llegaba volando a una altura de aproximadamente sesenta metros y bajaba planeando, casi sin mover las alas. La laguna parece una lámina de plata bruñida y cada vara de duraznillo se refleja en el agua, haciendo una trama de luz y sombra por la que pasan los Patos, con todos sus colores vívidos. El sol se pone ya y las franjas azules entre nubes se aceran y vuelven frías, mientras desaparecen paulatina-

mente los colores del cielo y la tierra. Los últimos tintes se reflejan en el agua. Las Gaviotas han ocupado todo el espacio disponible en la orilla, así como las isletas, que parecen manchas de nieve. De golpe, cada tanto, sin causa aparente, todo un sector levanta vuelo y remolina enloquecido, recrudesciendo los gritos, que llegan a nosotros en inmensa variedad de tonos, agudos y graves. En adelante, los grupos de Gaviotas que llegan volando dan una sola vuelta sobre la laguna y luego se dirigen hacia La Cuestión. Poco después una gran masa levanta del costado de la lagunita y vuela en la misma dirección. Luego otra y otra más, hasta que se establece una especie de corriente de Gaviotas en ese rumbo. Son pasadas las dieciocho horas. Repentinamente vemos llegar por lo alto una bandada de Cuervillos (*Plegadia falcinellus chihi*), que sigue la formación acostumbrada, hasta estar por encima del medio de la laguna. Allí se disgregan como a una voz de mando, cayendo desordenadamente como un manojo de papeles. Algunos caen cierta distancia con las alas cerradas, otros caen sobre el ala durante un cierto trecho y luego continúan su planeo; otros caen a pique hasta cerca del agua y luego, de un vuelo recto, van al lugar donde aterrizarán. Estos "vuelos locos" se repiten cada dos o tres minutos. Contamos unas veinticinco bandadas, con un promedio de quince Cuervillos cada una. Poca luz queda ya. Las Gallaretas de escudetes amarillo, se desplazan lentamente desde las orillas hacia las isletas interiores de la laguna. Cuando nos íbamos, corridos por la noche y el frío, vemos volver del lado de La Cuestión, grupos de Gaviotas, pero silenciosas ahora, salvo algún que otro grito aislado. Estas retrasadas iban a pasarse entre las ya ubicadas y cada llegada provocaba un coro de gritos de protesta de corta duración.

10-9-52. Las Nieves. Pasamos el atardecer recorriendo las cercanías de la casa. La tarde es espléndida. En el césped frente a la casa andan algunas Mataduras (*Machetornis r. rixosa*), con esa manera tan particular que las caracteriza en el suelo, de correr cierta distancia, capturar un insecto, detenerse para comerlo y luego correr nuevamente. Después nos acercamos a la laguna grande, que está muy linda, con agua alta y grandes manchones de juncos muy verdes, donde, entre otras aves, pudimos observar una bandada de unos veinticinco Siete colores de laguna (*Tachuris r. rubigastria*), muy mansos como siempre, recorriendo los juncos cercanos a los bordes y llamando continuamente. Volando alto sobre la laguna pudimos oír los gritos de varios Gansos blancos (*Coscoroba coscoroba*). Nadando con gran majestad en las abras de los juncos grandes, en el centro de la laguna, a gran distancia, se distinguen algunos Cisnes de cuello negro (*Cygnus melancoryphus*). Garzas blancas (*Egretta alba egretta*) y Garcitas blancas (*Egretta thula thula*), en abundancia. La pusta de sol fue excepcional; pesadas nubes sonrojadas, franjas tenues de blanquísimo algodón, parches de cielo de un verde luminoso, transparente, bajo las nubes y de purísimo azul por encima de ellas. El conjunto, imposible de describir, era de una belleza sobrenatural.

3-2-54. Día tórrido, con viento leve del cuadrante SE. Por la mañana salimos a buscar los yeguarizos para llevarlos a los bretes. Fuimos a Santa Rosa. La cantidad de mosquitos era increíble, especialmente galopando viento a favor, mientras que viento en contra no se los notaba tanto. Camino a Santa Rosa, puede ver y escuchar el canto de varias Perdices chicas (*Nothura maculosa nigroguttata*), que se mostraban muy mansas, limitándose a perderse entre los cardos al paso de nuestros caballos. En los postes estaban paradas las Lechucitas, muy confiadas, pasábamos a menos de cinco metros de algunas y no abandonaban su percha. Los Mistos (*Sicalis luteola luteiventris*),

cruzaban frente a nosotros en bandadas cerradas y sobre los rastros se los veía en nubes; olas de cantos. Cruzamos el camino público y entramos en Santa Rosa. Vamos al potrero al final de la manga: me quedo a "cuidar la puerta" y los demás se internan en el potrero en busca de los caballos. No sé cómo ampararme de los mosquitos, trato de defenderme con la campera, pero la cara no sale sin recuerdos; la ropa está prácticamente negra de insectos. Reunidos los yeguarizos, los dejamos encerrados hasta la tarde. Cuando salimos nuevamente, a esos de las cuatro de la tarde, el calor sigue apretando y los mosquitos más entusiasmados que nunca. En los bretes hay una pila grande de huesos semiquemados que, junto con ramas, se emplean para calentar las marcas; sobre esta pila andan unos veinte Mistos y algo más de quince Corbatitas (*Sporophila c. caerulescens*), juntos y muy mansos, tanto que puedo acercarme hasta el alambre, a un metro y algo más de la pila, sin que se echen a volar; andan picoteando las semillas de las plantas que crecen a la sombra de los huesos. En uno de los paraísos que da sombra a los bretes, encuentro un nido de Torcaza, con dos pichones chicos; está ubicado a poco más de tres metros de altura. A las diecisiete horas, pasa con rumbo al sur, una bandada muy grande de Cuervillos cara peladas (*Phimosus i. infuscatus*), deshilados en una columna de más de una cuadra y muy bajo, de manera que puedo escuchar al ruido de sus alas.

De vuelta a la casa, a las dieciocho horas, veo un grupo de Gorriones cazando isocas; éstas han quedado atontadas al golpear contra la pared, sobre la que brilla el sol y los pájaros las persiguen por el suelo o pegan saltos de poca altura para cazarlos en el aire. Algunos insectos, estropeados, pero ágiles aún, les dan bastante trabajo y deben seguirlos a saltos y vuelos cortos durante unos metros antes de capturarlos. Uno de los Gorriones se para muy cerca de la pared, esperando el choque de las isocas y cuando alguna golpea, salta, apoyando las uñas en la pared y toma al insecto.

1-3-54. Salgo a caminar por el campo. Sobre el sembrado, detrás del monte halconean los Halcones blancos, dueños del viento. Un Lechuzón de campo (*Asio flammeus suinda*), se levanta a unos veinte metros frente a mí, gira sobre mi cabeza y se pierde sobre el cerco contra la calle. Tanto los Halcones, como este Lechuzón, son viejos conocidos míos. También veo un Halcón peregrino (*Falco peregrinus anatum*), macho, solitario, que vuela sobre el potrero cuando aún estoy muy lejos. Cruzo el alambrado y mi presencia hace levantar a grandes bandadas de Renegridos (*Molothrus b. bonariensis*), que se dirigen y pierden en el maizal a mis espaldas. En este maizal veo enormes concentraciones de Mistos, que se alzan en nubes en cuanto me acerco. De vuelta, tomo por el camino de la laguna y veo pasar una bandada disgregada de Golondrinas de rabadilla blanca (*Tachycineta leucopyga*), que pasan lentas, a flor de tierra. Un Caracolero (*Rostrhamus s. sociabilis*), se posa en un poste del alambrado, lleva un caracol y en pocos segundos lo "despacha". Me acerco y encuentro un caracol de tamaño mediano totalmente vacío y limpio. Llego a la tranquera de entrada y comienzo a caminar hacia los galpones. Oigo el canto monótono de un Pijuí y luego de un rato lo descubro, está en las ramas bajas de un álamo joven, a medio metro del suelo; es un Pijuí de frente castaña (*Synallaxis spixi spixi*), es bastante arisco y cuando pretendo acercarme, se vuela a ras de tierra hasta el potrero, donde sigue cantando entre los cardos.

28-3-54. Salgo alrededor de las diez, al llegar al monte cercano, oigo el arrullo de la Bumbuna (*Leptotila verreauxi chloroauchenia*), y logro ubicar el nido en un tala, a poco más de dos metros de altura y tenía dos huevos. Una

Cachirla de uña corta (*Anthus f. furcatus*), levanta vuelo frente a mí y vuelve como a saltos hasta unos 6-7 metros de altura y luego se deja caer en el pasto.

11-4-54. La Brava. Heló, aunque afortunadamente no muy fuerte. El día se mantuvo despejado y templado. Salimos a caballo. Los Chimangos se veían en todos los potreros, aunque en reducida cantidad. En un bajo, entre unas varas de duraznillo, andaban dos Cachirlas amarillas (*Anthus l. lutescens*), una de las cuales voló para posarse en un poste del alambrado, a menos de cuatro metros de donde yo estaba y pude observarla perfectamente. Las Cachirlas comunes (*Antus c. correndera*), se desparramaban por todo el potrero en poco número levantando vuelo al paso de los caballos; muchas veces pude escuchar sus cantos en el aire, mientras descendían nuevamente al suelo.

Los Chimangos (*Milvago ch. chimango*), estaban muy activos y pudimos ver vuelos de ataque entre ellos, con muchos detalles similares a los de la época de celo, aunque hoy todo parecía hacerse exclusivamente por deporte. Uno de ellos volaba a ras de los cardos, concentrado en alguna búsqueda, con "la mirada gacha", mientras otro que volaba unos quince metros más atrás y a bastante altura, apuró el vuelo hasta estar encima de su compañero, para iniciar desde allí una picada con las alas a medio cerrar hasta a menos de un metro del lomo de su compañero que, aparentemente no lo había visto llegar; desde esa altura extendió las patas rígidamente hacia abajo y levantó las alas verticales, cuando parecía a punto de alcanzar a su "víctima", ésta cuerpeó hábilmente, recogiendo el ala derecha y girando así hasta un costado, y siguió volando. El atacante volvió a tomar altura y a repetir la prueba, fallando nuevamente por escasos centímetros. Después de cinco picadas, el que volaba contra los pastos tomó altura y comenzó a perseguir a su atacante. Un tercer Chimango interviene en el juego y comienza a perseguir, a su vez, a los dos anteriores, produciéndose grandes planeadas, caídas sobre el ala, giradas en el aire sobre el eje de vuelo, presentación de garras, que sin embargo, no se encadenan nunca como sucede a veces en los vuelos de celo, etc. Todo esto sucedía en perfecto silencio. En una de las picadas, uno de los Chimangos pasó muy cerca de un Tero (*Belonopterus cayennensis* = *Vanellus chilensis*), detenido, que de inmediato levantó vuelo y empezó a perseguir al Chimango, gritando fuerte y obligándolo a "gambetear". Intencionalmente o no, el Chimango perseguido voló en dirección de sus dos compañeros, que seguían jugando algo más allá y cuando cruzó sus líneas de vuelos, con el Tero siempre pegado a sus talones, los otros dos giraron rápidamente en pleno planeo, como lo hacen a veces cuando cazan tucuras al vuelo y comenzaron ellos a perseguir al Tero, uno de cada lado, obligándolo a desplegar su máxima velocidad. El Tero dio un grito agudo cuando uno de los perseguidores lo tocó con el borde del ala, perdió altura con las alas casi cerradas y la cabeza dirigida hacia abajo y, llegando a la altura de los cardos, comenzó a volar rápidamente efectuando círculos muy cerrados, ahora en silencio. Los Chimangos, los tres juntos, naturalmente podían más que él y lo ostigaban por todos lados. Por fin se detuvo en el suelo "aterrizando" con una corrida larga y las alas verticales y así quedó con las alas levantadas por un rato, mirando hacia arriba, mientras los Chimangos tomaban altura para iniciar sus picadas. Mientras tanto el Tero baja las alas y abre las patas, como para afirmarse. Los tres Chimangos comienzan una serie de picadas "tipo Stuka" desde tres direcciones distintas, pero el Tero no afloja ni un tranco de pulga y se limita a flexionar una pata, o las dos, cuerpeando hábilmente y manteniéndose en silencio. Dos de los Chimangos, al término de una picada se encuentran arriba, en el aire, e inician una perse-

cusión entre ellos, mientras que el tercero interviene y se alejan con nuevas planeadas y caídas de alas. El Tero sacude sus plumas, hace varias "reverencias" y luego queda solitario y —al parecer— muy contento.

3-10-54. "La Brava". El día se presenta nublado y fresco. Decido ir a la laguna nueva. Son las seis horas pasada de la mañana. Al llegar a la laguna veo un Macá común (*Podiceps rolland chilensis*), nadando solitario en una abra cercano a la orilla; se limita a introducirse entre los juncos cuando me ve llegar, sin zambullirse. Contra el juncal de la extremidad oeste de la lagunita veo cinco Flamencos (*Phoenicopterus ruber chilensis*), tres adultos y dos jóvenes, de plumaje mucho más claro. Se niegan a volar a pesar de lo cerca que me ubico, como si estuvieran conscientes de su dignidad y belleza. Con el agua cubriéndole los tarsos, veo un Chajá, solitario. Se encamina hacia la parte más poblada de juncos cuando me acerco, sin que intente volar. En el costado del este, encuentro abundantes bandadas de Tordos de laguna (*Agelaius cyanopus*), que me regalan con algunas "sinfonías", el movimiento entre los juncos es continuo y, de acuerdo a mis cálculos, superan los doscientos ejemplares. De tanto en tanto levanta una bandada grande y gira sobre el juncal, para detenerse en otro macizo de juncos. A unos diez metros de la orilla observo un grupo de unos quince Varilleros (*Agelaius r. ruficapillus*), en unos juncos espesos, y son bastante confiados. Los Patos colorados estaban en celo y dediqué un buen rato a observarlos. Una pareja andaba a muy poca distancia de la orilla. El macho seguía a la hembra nadando sin apurarse, pero girando cada vez que giraba ella, a unos cincuenta centímetros de distancia, luego se acercó más, avanzando por el agua con el cuello algo estirado y el pico perfectamente horizontal, hasta que le pasó por el costado derecho, poniéndose a su frente, un poco lateralmente; allí comenzaba a hundir el pecho en el agua y a emergerlo, haciendo mientras tanto movimientos espasmódicos con la cabeza, dando la impresión "de tener arcadas". Una alarma inexplicable puso fin a sus maniobras, pues una buena parte de los Patos volaron juntos, dando varias vueltas a la laguna, para luego descender en el lugar original. A las diez horas, hacía mucho frío y me encontraba entumecido. Decido volver a la casa. En el montecito de álamos blancos viejos, hallé dos nidos de Chimangos (*Milvago ch. chimango*) y uno de Halcón blanco (*Elanus l. leucurus*), a más de cinco metros de altura, y los dueños rondaban en su vecindad. En el trebolar cercano al alambrado, se levantaron grandes bandadas de Charreteros (*Agelaius thilius petersii*), algunos machos, con los charretes amarillo vivo, cantaban posados sobre los cardos secos que sobresalían del trébol. Se oían innumerables cantos. Poco antes de llegar a la casa, veo sobre unos arbustos dos Verdones (*Embernagra p. platensis*), muy mansos. Recorren las ramas con bastante nerviosidad, pero se muestran poco preocupados por mi presencia, puesto que me permiten acercarme hasta unos seis metros, sin que vuelen y pude observarlos un largo rato, a simple vista y con los binoculares.

11-2-56. "La Brava". Día caluroso y agradable, con viento de afuera. A las diez de la mañana, voy al fondo del parque, desde donde llega un constante matraqueo de los Benteveos (*Pitangus sulphuratus bolivianus*), y me preocupa ver lo que sucede. Se trata de la captura e ingestión de bichos canastos. Veo a los Benteveos sobre las ramas horizontales altas de los parísos, con un bicho canasto en el pico. Lo dejan sobre la rama, en algunos casos, lo sujetan con la pata y la emprenden a picotazos, o si no, otras veces, directamente con el pico, moviendo la cabeza de uno y otro lado, golpean el

bicho contra la rama hasta destrozar el canasto, luego lo agarran con una pata y extraen limpiamente el gusano.

Bajo las ramas elegidas puede verse gran cantidad de canastos vacíos. Por fin, hay veces en que no golpean el canasto contra la rama, sino que pasan la cabeza con el bicho en el pico, directamente contra la rama, como si se limpiaran las comisuras de la bosa y así destruyen la trama del canasto. Cuando uno de los Benteveos está comiendo de esta manera, o de cualquiera de las otras y llega un compañero, pueden oírse sus gritos en todo el parque. El matraqueo que hacen con el pico, parece de indignación, aparentemente, porque los canastos no son tan frágiles como ellos lo quisieran. Los canastos caídos, sin movimientos, no les llaman la atención y tampoco los vi reparar en aquellos que cuelgan de una hebra fina sobre el camino. Pude observar que se dirigían con preferencia a los acacios en busca de víctimas. Uno de ellos, identificable gracias a una pluma de la cola que estaba en ángulo con las demás, hizo siete viajes mientras lo observaba. Tardó un promedio de menos de un minuto entre cada viaje y siempre trajo canastos de regular tamaño, vale decir, ni los más grandes ya duros, ni los muy chicos, de los que probablemente no podrían extraer el animal sin hacerlo pulpa. Más adelante, en la avenida, vi un Benteveo que destruía los canastos directamente contra el suelo, aunque, como digo, desprecien los bichos caídos, prefiriendo los colgados de las plantas. Este Benteveo, sin embargo, una vez que hubo comido el que tenía "entre manos", se quedó observando, con la cabeza ladeada, los canastos en tierra. Con los binoculares, semioculto en un paríso, pude estudiarlo bien. Cuando uno de los canastos se movía al ponerse en marcha su ocupante, pegó un saltito con las patas juntas y lo tomó con el pico; gritó con el bicho así tomado y voló con él a una rama alta de un paríso, donde, con gran deleite, se dio a ultimarlo. En esta curiosa faena participaron, en un momento dado, ocho Benteveos. En las ramas más altas de los acacios, había otros tres que gritaban alegremente, como ya satisfechos de la comilona. Observé, asimismo, que si por algún descuido, alguno de los canastos escapaba del pico o de las patas de los Benteveos y caía al suelo, parecían no reparar más en él y después de algunos segundos de desconcierto, volaban nuevamente en busca de otras víctimas. Uno de los Benteveos que acertó a posarse en un árbol muy cercano al que me ocultaba y, por fortuna, en una rama a poca altura, me mostró otro método más de extracción de bichos canastos. Este Benteveo llegó a la rama indicada con un bicho grande en el pico, de esos en que el canasto es de color gris; lo tomó con la pata izquierda y lo estudió breves segundos: tomó con la punta del pico el extremo ancho del canasto, donde aparece el bicho cuando se asoma y empezó a romper los ligamentos o sedas que cierran el orificio; al parecer aburrido con la falta de éxito, comenzó a zarandearlo con fuerza contra la rama; lo tomó nuevamente con la pata izquierda, lo observó detenidamente y luego con gran limpieza, agarró la extremidad del gusano, que asomaba apenas y se lo engulló con gran gusto. Toda la operación duró algo menos de un minuto y medio.

4-4-56. "La Brava". Mañana despejada y fresca. Tarde templada, con muchos mosquitos. Viento del N. y N.O. A las nueve horas veo un Halconcito (*Falco sparverius cinnamominus*) y también perdices (*Nothura maculosa nigroguttata*), numerosas en comparación con días pasados, cuento diecisiete. Se oyen algunos silbos aislados, que me resultan muy musicales. Cerca de la tranquera, hay tres Teros (*Belonopterus cayennensis* = *Vanellus chilensis*) entretenidos en un desfile. En esta exhibición, uno de los Teros, camina len-

tamente con la cabeza erguida, hacia los otros dos y cuando llega a menos de un metro de ellos, gira en redondo y se aleja levantando alto los tarsos. Los otros dos lo siguen al mismo tranco, a la vez que hacen agachadas rápidas, pero sin sincronización alguna. Después de caminar unos siete metros de esta manera, el que inició el juego vuela, seguido por los otros dos, recorriendo un círculo de unos cincuenta metros de diámetro manteniendo siempre la misma posición relativa que durante el desfile. Durante el vuelo efectúan lo que llamo "vuelo o aleteo meditado", esto es, elevan y deprimen las alas pausadamente con fuerza, levantando y bajando el cuerpo con cada aleteada. Después de recorrido más de veinte metros de esta manera ordenada, les entraba una especie de "locura", y así, uno de los de atrás avanzaba rápidamente hasta colocarse encima del que inició el desfile y estirando las patas lo "castigaba por el lomo". El agredido efectuaba una caída sobre el ala, perdiendo algunos metros de altura y luego aleteaba nuevamente para ocupar su posición al frente de la comparsa. Salvo este aleteo, todo el resto se hacía "deliberadamente", aún durante los ataques, los que ocurrían de siete a ocho veces en cada vuelo circular. Al descender de cada círculo, iniciaban nuevamente su desfile, con muy pocas modificaciones. Cuando me alejé, seguían ocupados en la misma "diversión".

En el callejón de los bretes pude ver un Boyero coronado (*Xolmis coronata*), extrañamente confiado, que se limitaba a volar unos metros, para volver a asentarse en unos de los postes del alambrado. Frente a la tranquera, una Lechucita (*Speotyto c. cunicularia*), me observa desde su poste, a unos siete metros de distancia; comienzo a silbar bajo, imitando su llamado y la reacción es inmediata. Agacha su buche contra el poste a la vez que toma toda la actitud que antecede al canto, pero no lo hace; vuelvo a silbar y la Lechucita al agacharse parece a punto de emitir su nota, pero no lo hace. Así continuamos un buen rato, hasta que la Lechucita resolvió volar.

5-4-56. "La Brava". Un día primaveral, templado y sin viento. Una Calandria (*Mimus saturninus modulator*), canta infatigablemente entre las ramas de los paraísos. Comienza por una estrofa corta y algo áspera, que parece deleitarlo, puesto que lo repite durante unos quince minutos; luego comienza una serie de graznidos falconiformes, que ni me agradan, ni le agradan, ya que de inmediato arranca con otra estrofa muy musical, con unos silbidos largos y melódicos, entremezclados con notas suaves y sonoras, que me obligan a suspender el trabajo, para oírlo deleitado.

12-4-56. "La Brava". Anoche heló nuevamente, esta vez con más intensidad, pero sin quemar los pastos. El día transcurrió despejado y templado. Junto al molino hay una pareja de Pico de plata (*Hymenops p. perspicillata*). Sobre el borde del tanque está posado un Meneacola (*Cinclodes fuscus*), moviendo continuamente su cola, pero no parece alarmarse por mi proximidad. Sobre los yuyos vecinos deambulan cuatro Pechos colorados grandes (*Pezites m. militaris*), muy confiados, además de un grupico de varios Corbatitas (*Sporophila c. caerulescens*). Poco después del mediodía, vi sobre el césped cortado del frente, una especie de "baile o desafío" entre dos Calandrias reales (*Mimus triurus*); una de ellas andaba corriendo sobre el césped, como suelen hacerlo siempre, para picotear repentinamente en el suelo; la otra bajó de uno de los paraísos grandes del costado para descender a poco más de un metro de distancia de la primera. Desde esa posición avanzó caminando rápido, moviendo continuamente la cola, hasta colocarse a unos treinta centímetros frente a la otra Calandria, la que irguió la cabeza y quedó mirándola,



Nido de Benteveo (*Pitangus sulphuratus bolivianus*), sobre un poste.



Nido de Hornero (*Furnarius r. rufus*), construido en el suelo.

moviendo siempre la cola, hacia arriba y abajo con cierta "premeditación". Comienzan a dar pasos (no saltos), de costado, guardando la distancia, cubriendo unos treinta centímetros; uno retrocede dando dos saltitos; el otro avanza también con dos saltitos; el "reculador" contorneaba la cabeza como cuando escuchan algo, mientras el "avanzador" deprimía la cabeza en actitud de amenaza. Nuevo avance de uno y retroceso de otro; después retrocede uno sin que el otro avance, pero éste da dos o tres saltos y la distancia entre ambos permanece igual; por fin el que retrocedía decide permanecer en su sitio y comienza a bajar la cabeza amenazante. El otro avanza hasta estar dentro de los diez centímetros de distancia y allí permanecen mirándose fijamente. Solo las colas se mueven pausadamente. De repente uno de ellos salta hacia el otro, con las patas extendidas, como los gallos de riña; se ve un solo remolino de colas y alas blancas durante unos diez segundos; vuelven a caer en la misma distancia que antes, aproximadamente y quedan nuevamente observándose. Nuevo salto y nuevo remolino, todo en perfecto silencio y otra vez frente a frente; uno de ellos se mira una pata, parece colocar en su lugar una escama desplazada, mueve la cola, mira a su contrario, comienza a arreglarse las plumas del pecho... y se va caminando. El otro queda en la posición en que estaba, pero por fin decide que ya no se juega más y también se aleja, pero al vuelo, hasta un árbol vecino, donde comienza él también a arreglar su plumaje. Ninguno de los dos canta. Al atardecer volví a verlos, pero en árboles distintos, a unos treinta metros de distancia entre ambos, sin molestarse.

24-4-56. Un día lindo, después de una noche decididamente fresca. En el frente mismo de la galería de la casa, andaba una Calandria real (*Mimus triurus*), estaba sumamente nerviosa con los perros, no los retaba, como suelen hacerlo las Calandrias comunes; y solo se limitaba a seguirlos silenciosamente por las ramas más cercanas, moviendo continuamente la cola y mirando de costado, con más curiosidad que alma en todos sus gestos. Vuela al extremo del cedro azul y comienza a cantar. Es realmente maravilloso. Su entusiasmo duró unos veinte minutos, durante los cuales, si bien no se levantó del extremo del árbol, en cambio comenzó a desplazarse lentamente por el aire, perdiendo altura poco a poco, aleteando despacio, hasta quedar a unos dos metros del suelo, donde se mantuvo casi inmóvil, cantando continuamente. Mientras hacía esto podía verse perfectamente la cola blanca y las alas, creando la impresión que sus movimientos pausados tenían por intención la exhibición de estas sus galas. Luego descendió al pasto, donde quedó breves segundos como desconcertada y por fin comenzó a correr tras los insectos. Es imposible poder describir la gracia desplegada durante ese vuelo lento y estudiado, con magnífico despliegue de plumas blancas.

2-5-56. "La Brava". Cuando volvía, ya hecho el día (eran las diecinueve horas), mientras atravesaba el maizal, tuve el gusto muy grande de poder observar detenidamente un Gavilán grande de campo (*Circus buffoni*). Recorría el potrero a unos dos metros de altura sobre las espigas, aleteando lentamente, con planeos cortos intercalados, ascendía repentinamente, abriendo la cola fuertemente barrada, en abanico y giraba, cayendo sobre el ala. Cuando descendía, permanecía unos cinco segundos en el suelo y luego se elevaba, volando bajo y con aleteo rápido entre los maíces, a lo largo de un trecho de más de cinco metros. Después aparecía sobre las espigas y volvía a repetir todo el proceso. La rabadilla blanca podía verse perfectamente. Una bandada de unos quince Dragones (*Psedoleistes virescens*), vuela sobre el maizal para llegar al tanque australiano, increíblemente musicales.

5-5-56. "La Brava". Sobre el campo bajo, llegó volando una bandada de más de cuatrocientos Pechos colorados chicos (*Leistes militaris superciliaris*), que asentó en los palos secos del rastrojo del girasol. Cuando nos hallábamos sobre la cosechadora pasaron volando dos Cigüeñas (*Euxenura maguari*), que venían altas, viento arriba, casi sin aletear, hasta encontrarme sobre el molino entre el girasol y el maizal. Una de ellas, tomó altura mediante un círculo apretado y continuó volando a unos dos metros sobre las espigas. Gira nuevamente sobre sí, hasta quedar en dirección al punto del cual procedía; aletea majestuosamente tomando altura y costeano el borde del bajo de la laguna, se perdió a gran velocidad hacia el campo vecino. La segunda Cigüeña, a mayor altura todo el tiempo, sin aletear visiblemente en ningún momento, tomó altura con rapidez, para pasar sobre el molino y siempre muy velozmente, se perdió sobre el bajo.

13-6-56. "La Brava". En la laguna se ven varias Garzas (*Egretta alba egretta*), que al pasar gente por el camino, vuelan desde una distancia de unos ciento cincuenta metros, probablemente asustadas por las incursiones nada pacíficas de ciertos elementos de la ciudad. Uno de ellos vuelve a bajar, sin embargo, cerca del camino y se inmoviliza después de unos pasos pausados. También se ven más de veinte Gallaretas de escudete amarillo (*Fulica leucop-tera*), nadando tranquilamente, a más de varias Gallaretas de frente rojiza (*Fulica rufifrons*), en las costas, una de ellas revisando su plumaje y las otras con la cabeza en el lomo. Se oyen los Cut-cut característicos de los de escudetes amarillos; una de ellas bucea, hundiendo la cabeza y el cuerpo hasta la mitad, mientras empuja vigorosamente con las patas. Dos Caraos (*Aramus guarana guarana*), uno a menos de veinte metros de la calle, inmóvil al reparo de un totoral y el otro sobrevolando aguas abiertas, con esa manera tan absurda que tienen de volar.

17-6-56. "La Brava". Día templado, húmedo y bastante nublado. A eso de las diez de la mañana salimos a caminar por el parque con Teresita, durante una pausa en el ordenamiento de la contabilidad. Se oyen llamadas aisladas de los Horneros, pero no descubro actitud en ningún lado. Algunos Espineros (*Anumbius anumbi*), gritan sin entusiasmo entre los ciruelos japoneses. Parado sobre una flor seca de girasol, estaba un Boyero arratonado (*Xolmis murina*), a unos ocho metros de distancia y pude observarlo a gusto, y cuando quise acercarme demasiado, voló sin mayor preocupación.

22-6-56. "La Brava". El día es gris y desagradable. Camino con mucha dificultad por la infección en un pie (revisada, apretada y desinfectada por el Dr. Quattordio de Junín). Desde la galería observo los pájaros. En una curva del camino del cantero frente a la galería veo dos Cortarramas (*Phytotoma r. rutila*), ambos en plumaje adulto, muy bonitos. El color general es pardo oscuro por arriba y las partes inferiores son pardas claras, cremosas. El naranja de la garganta y de la frente no es fuerte, es un naranja viejo; las plumas debajo la cola son de un rojizo subido. En la zona del pliegue del ala parecen tener una de pintas y trazos blancos. Ambos están comiendo. Los veo claramente mientras cortan y tragan el pasto tierno del camino. Me acerco y veo que son brotes de trébol blanco.

20-7-56. "La Brava". Anoche cayó una helada intensa. Todo estaba blanco esta mañana. Salí temprano porque había un encanto especial en la blancura de las cosas. En uno de los nogales cercano a la casa tuve el gusto de ver un Piojito crestado (*Serpophaga subcristata*), inquieto y movedizo. Pude ver

cómodamente su "copete", apenas unas plumitas que elevaba y deprimía continuamente dejando ver algo de blanco. En el callejón de afuera los potrereros, había un Halcón (*Falco peregrinus anatum*), estaba sobre un poste de alambrado y voló rápido a ras de los pastos hasta estar a unos cien metros de distancia y allí ascendió en una curva magnífica, sin esfuerzo aparente y continuó alejándose con vuelo sosegado.

1-9-56. "La Brava". En los pinos grandes, anda una Chinchurisa (*Serpophaga munda*), solitaria; es bastante confiada, aunque parece enemiga de permanecer a la vista y debo girar lentamente al árbol para mantenerlo en el campo de los binoculares.

3-9-56. "La Brava". Después del desayuno salimos a caminar. Por el camino nos acompañaron Golondrinas de cejas blancas (*Iridoprocne leucorrhoa*), que pasaban apenas a un metro de nosotros, posiblemente para comer los insectos que espantábamos a nuestro paso. Bordeando un gran juncal vi dos Coludos enanos (*Asthenes maluroides*), huidizos y desconfiados, pero curiosos, nos espiaban por entre las matas de juncos cercana a la orilla. También pude ver un Cola aguda (*Asthenes hudsoni*), que volaba de mata en mata, acompañándonos a lo largo del juncal, sin presentarse abiertamente, pero siempre a nuestra vista. Más adelante provocamos el vuelo de unas treinta Ciguñeas cabezas de hueso (*Mycteria americana*), que estaban metidas en el agua hasta la mitad de sus patas. Muy mansamente se nos acercó una Ipecaha (*Aramides ipecaha*), que anduvo a nuestro alrededor por un largo rato, y más adelante apareció una Gallinetita verde (*Gallinula chloropus*), bastante desconfiada.

Llegando al montecito de álamos viejos me sorprendió, aún desde lejos, la cantidad de Torcazas (*Zenaidura macroura*), reunidas exclusivamente sobre unos pocos árboles, los primeros contra el potrero. Continuamente llegaban más grupos reducidos. Con cautela llegué hasta los primeros árboles y desde allí traté de contarlas, pero era casi imposible por la afluencia de nuevas palomas. Cada rama tenía de cinco a veinte palomas paradas en fila. Calculé el total en una cuatro mil, pero estoy seguro que me quedé corto. Cuando por fin me dejé ver, levantaron vuelo en su gran mayoría, con gran estrépito de alas, y como una nube compacta dieron vuelta sobre el potrero, para después continuar su vuelo. En otro lado pude darme otro gran gusto: en el charco del bajo se veían unos bultos, y se oían unos silbidos que resultan a mis oídos muy musicales y que me anunciaban que eran Patos overos (*Anas sibilatrix*), unos de mis favoritos. Había unos diez de estos patos junto a una pareja de Barcino chico.

En unos talas vi varios nidos de las cotorras (*Myopsitta monacha*), que papá soltó con la idea que combatieron los bichos canastos. Actualmente se las oye todo el día. En un charco cercano, formado por el desbordamiento de un canal, vi un Chajá parado y rodeado por ocho pichones cubiertos de plumón.

De vuelta y al pasar por un potrero sin cultivar y a través de los cardales, me llamó poderosamente la atención el volumen de sonido producido por los centenares de Mistos (*Sicalis luteola*), reunidos entre el pasto; una verdadera "cascada" musical. Creo que la cantidad de yuyos crecidos (chamico, cardos, etc.), explica su presencia en tal cantidad. Volviendo a la casa por entre los tupidos cardales, levantamos grandes bandadas de Mistos. Al



Nido de Garza blanca (*Egretta alba egretta*), con tres huevos.



Nido de Pato maicero (*Anas georgica spinicauda*), en un rastrojo de avena.

costear un maizal bastante pobre, observé lo que a primera vista me pareció un Espinero común, pero visto con los binoculares resultó ser un Espinero de frente roja (*Phacellodomus rufifrons*), es la primera vez que veo a este pájaro en la estancia.

La tarde se presentó bastante destemplada y algo lluviosa, y decidimos salir con el Jeep. Durante el camino vimos a un Halconcito (*Falco sparverius*) que molestaba continuamente a dos Carpinteros de nuca roja (*Chrysoptilus melanolaemus*) que protestaban muy airados. Había muchos Cabecitas negras (*Spinus magellanicus*), muy animosos y ruidosos, en las cabezas de los cardos, comiendo como si brillara el sol. También andaban Carpinteros campestres (*Colaptes campestris*), poco activos y como entristecidos.

La luz se hacía escasa y lloviznaba por momentos. El frío se acentuaba. Nos encontramos con muchas Garzas blancas grandes (*Egretta alba*), Macacitos plateados (*Podiceps occipitalis*), Espátulas (*Ajaia ajaja*), y en cuanto a patos, Maiceros y Picazos en abundancia. Sobrevolando los juncos se veían muchos Chimangos. En los macizos de juncos de las orillas, muchos Charreteros (*Agelaius thilius*), y bastantes Varilleros (*Agelaius ruficapillus*), grupos de Gallaretas de escudete amarillo, y enormes cantidades de Gaviotas capucho café, que provocaban un alboroto descomunal, en los juncos interiores.

La llovizna de la tarde había terminado, y el cielo se despejó bastante, pero hacía mucho frío. La puesta del sol fue realmente espléndida, y creo que ni Turner o pintor alguno podía hacerle justicia. El efecto general era imponente, y me sobrecogió de una manera muy intensa. Resolvimos partir. Ya en el Jeep (8PM), vimos llegar bandadas numerosas de Chajaes (*Chauna torquata*), que volando casi a ras de los pastos, dejaban oír claramente el ruido que producía el batir de sus alas. Contra el cielo ya gris se destacaban como bultos negros y su número impresionaba. Cuando ya nos íbamos, la costa estaba totalmente tapada por ellos, y seguían llegando continuamente.

En fin, una tarde gloriosa para mí. Cuando ya salíamos del potrero de la laguna, frío y mojado, pero tan contento, oí los gritos del Carao, y el boow-boow de los Mirasoles (*Botaurus pinnatus*), que salían del fondo de los juncos. Ya oscuro, en el potrero anterior de la casa, escuché el grito de un Lechuzón de los campanarios (*Tyto alba*), claramente en la quietud de la noche.